

UN BREVE ENSAYO: DE LA PERVERSIÓN AL FANTASMA NEURÓTICO DE LA PERVERSIÓN

JOCELINE FÁTIMA ZANCHETTIN

RESUMEN

La perversión en el psicoanálisis freudiano-lacaniano enmarca un campo de múltiples articulaciones, siendo que cada una de ellas involucra un alto grado de complejidad. Tanto S. Freud como J. Lacan encuentran en la perversión elementos que les permiten abordar el ámbito constitutivo del sujeto, desde lo perverso de la sexualidad, y el eje de lo que vendrá a ser una particular entidad clínica. El objetivo del presente escrito es ahondar en lo específico de la perversión en tanto entidad clínica, interrogando, a partir del recorte de un caso clínico, el punto límite de ésta con relación a la neurosis. Entendemos que, debido a condiciones estructurales, la perversión ejerce sobre la neurosis un particular efecto, siendo de importancia clínica definir en qué se acoplan y, especialmente, en qué son radicalmente distintas. Teniendo en cuenta el objetivo del presente escrito, analizaremos cuidadosamente la indicación lacaniana a partir de la cual el sujeto en la perversión "se hace instrumento del goce del Otro". Tal análisis nos permitirá definir que el perverso en realidad no goza (al contrario de lo que se cree en la teoría neurótica de la perversión), más bien extrae goce para el Otro, un Otro feroz que le exige constancia.

Palabras-Clave: Perversión – Neurosis – Goce

I. INTRODUCCIÓN

La perversión, en términos generales, delimita un campo de extrema complejidad tanto en la obra de S. Freud como en la de J. Lacan. En ambos los autores encontramos cierto ámbito constitutivo de la perversión, asociado a la sexualidad y común a todas las entidades clínicas, **bien** como el eje de lo que vendrá a delimitar una particular entidad clínica. Nuestro objetivo es abordar lo específico de la perversión en tanto entidad clínica, interrogando, a partir de un caso clínico, el punto límite con relación a la neurosis. Sostendremos nuestro análisis fundamentalmente a partir de la siguiente indicación lacaniana con respecto a la perversión: “el sujeto aquí se hace instrumento del goce del Otro” (Lacan, 1960: 803).

II. LA PERVERSIÓN Y EL SUEÑO NEURÓTICO DE LA PERVERSIÓN

En términos generales, a respecto de la obra de Freud, ubicamos al menos tres formulaciones teóricas posibles sobre las perversiones. 1) En *Tres Ensayos de teoría sexual* (1905), las perversiones son concebidas como el resultado de una fijación libidinal a estadios pregenitales (planteada en términos de **retención**, no llega a operar la represión(?)), con el consiguiente reforzamiento de una determinada pulsión que al desplazar la organización genital, se presenta como marcapaso de la vida sexual del perverso. Es debido a eso que tendencias parciales como, por ejemplo, el ver y el mirar, adquieren un predominio sobre el impulso genital propiamente dicho. 2) En «*Pegan a un niño*». *Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales* (1919), Freud estudia las fantasías de flagelación sadomasoquistas relacionadas con el complejo de Edipo, siendo que la perversión pasa a ser entendida como el resultado de una regresión a estadios pregenitales cuyo empuje es la defensa frente a la angustia de castración. Observamos, de este modo, que para Freud las fantasías neuróticas ya eran en cierta medida perversas. 3) En *Fetichismo* (1927), las perversiones son definidas en función de un particular modo defensivo: a saber, *verleugnung* (desmentida o denegación).

Según esta perspectiva, el perverso reprime (es decir, opera la aceptación de la castración, lo que lo acerca al neurótico), y simultáneamente desmiente la castración (lo que lo acerca a la psicosis). Es importante aclarar que el mecanismo ubicado por Freud en el caso de las perversiones no es exclusivo de éstas, lo que no le saca su poder explicativo en el campo, apenas rompe con una cierta lectura bi-unívoca entre el mecanismo de defensa y la perversión.

En la obra de Lacan hay varios puntos de análisis sobre la perversión, nos dedicaremos a algunos en particular. Observamos, por ejemplo, que: si Lacan, en el Seminario IV – *Las relaciones de objeto y las estructuras freudianas* (1956-57), plantea el fetichismo como la identificación al falo como objeto imaginario que completa el deseo materno; ya, en el Seminario V – *Las formaciones del Inconsciente* (1957-58), declara que el falo como objeto imaginario del deseo materno será la primera fase por la que el sujeto debe atravesar en lo que denominó los tres tiempos del Edipo. Por lo cual, de acuerdo a lo puntuado, ambos desarrollos coinciden en su estructura, haciendo con que el fetichismo subsuma en lo propio de la constitución psíquica del sujeto.

Con relación a la perversión propiamente dicha, la que conforma una entidad clínica, Karothy (2008) plantea que, de acuerdo a Lacan, su particularidad se encuentra en la denegación del goce femenino. El autor define lo propio de la perversión en la suposición de un saber sobre el goce, donde lo que se deniega es el goce femenino.

Tras precisar que el goce en Freud se refiere a la satisfacción de la pulsión de muerte, referida al más allá del principio del placer, es decir, al exceso pulsional, el autor recuerda que el mismo Freud plantea que en el ser humano se desarrollan defensas o controles. Lacan retomará tal desarrollo e propondrá que no hay defensa frente al deseo, a la vez que el deseo es la defensa frente al goce. En el escrito *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano* (1960), Lacan precisa: “el deseo es una defensa, prohibición [*défense*] de

rebasar un límite en el goce” (Lacan, 1960:805). En este sentido, el deseo puede ser entendido como la defensa contra la pulsión, pues es él que permite poner un dique contra el exceso pulsional.

Entonces, lo que define el goce es su exceso, por más que este conozca variaciones, pues si hay un dique contra el exceso, eso quiere decir que el goce (entendido como la satisfacción de la pulsión de muerte) puede atenuarse: puede, por ejemplo, ligarse al deseo y al amor. En este sentido, *el* goce deja de ser solamente una referencia directa al puro exceso, pasando a habitar otros niveles, de los cuales provienen *los* goces. De acuerdo a Karothy, es de este modo que Lacan establece la diferencia entre el goce de la pura pulsión de muerte y el goce fálico, que se trata de un goce enmarcado: es decir, que se localiza en una parte del cuerpo, que puede ser contabilizado, exigido, exhibido, y que, en este sentido, otorga una suerte de identidad.

Dentro del campo de los goces, Karothy dedica especial atención a un goce que no es fálico y que va adquiriendo consistencia poco a poco en la obra de Lacan: a saber, el goce Otro o goce suplementario. Se trata de un goce que va más allá del falo, pues no comparte sus propiedades, actuando más bien en términos desubjetivantes. Es con relación a este campo conceptual que Lacan sitúa el goce femenino. Se trata de un goce que no se localiza en una parte del cuerpo, que no puede ser aprehendido, que, en este sentido, no otorga identidad, pues es absolutamente inconmensurable. Justamente por ser desubjetivante, es decir, por arrasar la identidad, él que lo experimenta necesariamente requiere *a posteriori* indicios, signos del amor del Otro, pues busca ahí recuperar su identidad. La pretensión de ser el único objeto de amor del Otro parece ser lo que acota el sin límites del goce femenino, lo arrasador que es. En el Seminario XV – *El acto psicoanalítico* (1967-68), Lacan plantea que: “nosotros sabemos muy bien que el goce femenino queda afuera. No sabemos ni una palabra sobre el goce femenino” (Lacan, 1968:113).

Es con relación al desarrollo del concepto de goce, bien como su amplitud, a partir de la cual delimita el goce femenino, que Karoathy plantea que el sujeto perverso puede ser entendido, de acuerdo a Lacan, como aquél que rechaza absolutamente el goce femenino, pues de este goce no hay saber posible. El perverso, en este sentido, se limitaría al goce fálico, que al suponer un saber da lugar al dominio, al control, a la medida, al cálculo, a la exhibición, en fin, otorga identidad.

El perverso, en este sentido, no puede aceptar que exista un goce sobre el cual no hay saber posible. Es debido a eso que Lacan afirma que en la posición femenina no hay perversión o, mejor dicho, dice que el hombre es el sexo frágil con respecto a la perversión. Por lo cual, la perversión consiste en denegar el goce femenino, rechazarlo; para hacer consistir, de este modo, apenas el goce fálico, sobre el cual es posible saber, luego, controlar y dominar.

Karoathy, tras subrayar la posición del perverso con respecto al supuesto saber sobre el goce, a partir de la cual ubica la denegación del goce femenino, alerta para el hecho de que la perversión habitaría el mundo onírico de la neurosis, en la construcción de una suerte de sueño de goce absoluto.

En una primera instancia, Karoathy retoma la indicación lacaniana de que el neurótico sería el par ideal para el perverso: su *partenaire*. Cuando Lacan afirma que no hay sado-masiquismo, salvo en el fantasma, se refiere: por un lado, a la imposibilidad de que dos perversos armen par (es decir, no hay complementariedad); y, por otro, al hecho de que el fantasma neurótico sea sado-masiquista, lectura ésta que deriva, por ejemplo, de lo que Freud desarrolla en el segundo tiempo de *Pegan a un niño* (1919). Lacan, así lo plantea:

Sólo en un segundo tiempo, como Freud indica en este texto, el deseo sádico es posible con respecto a una fantasía. El deseo sádico existe en una infinidad de configuraciones, también en las neurosis, pero todavía no se trata del sadismo propiamente dicho. Les ruego se remitan a mi artículo a Kant con Sade, verán que el sádico ocupa el lugar del objeto, pero sin

saberlo, en beneficio de otro, para cuyo goce ejerce su acción de perverso sádico. (Lacan, 1964:) (Lili, por favor, me podrías buscar la página de esta cita, está en el Seminario 11, al final de la clase del 13/05/64. Miles de gracias!!!! Sólo lo tengo en el CD o en portugués). Pág 192

Según Karothy (2008), de acuerdo a Lacan, en el fantasma neurótico se juega una particular relación de complementariedad cuyo modelo es el segundo tiempo propuesto por Freud en *Pegan a un niño* (1919). De acuerdo a este segundo tiempo del fantasma, “el padre me pega” -es decir, el padre del fantasma (él que neutraliza la inconsistencia del Otro, neutralizando la castración)- quiere decir que el padre es la figura del Otro absoluto que ahora tiene a su esclavo, en tanto el sujeto del fantasma se ofrece como objeto de maltrato al Otro. En este sentido, se plantea que todo neurótico es masoquista en su fantasma.

Lacan en el escrito *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano* (1960), plantea que el sujeto en la perversión “se hace instrumento del goce del Otro” (Lacan, 1960:803). En el Seminario X – *La angustia* (1962-63), el autor retoma tal perspectiva, desarrollándola con respecto al objeto *a*¹. Lacan conceptualiza el falo en términos de significante del deseo, siendo el objeto *a* causa del deseo. Teniendo al objeto *a* causa del deseo como soporte, Lacan interrogará al fetichista: “¿Qué es lo que desea? [...] No es el zapatito, ni el seno, ni ninguna otra cosa en la que encarnen ustedes el fetiche. El fetiche causa el deseo [...] el fetiche es la condición en que sostiene su deseo” (Lacan, 1962-73: XX). Entonces, observamos que, para Lacan, el perverso se encuentra cautivo a una exigencia, a un absoluto que se le presenta como tal, es decir, imposible de dialectizar, pues “el fetiche es la condición en que sostiene su deseo”.

Con relación al deseo sádico, Lacan plantea que:

¹ De acuerdo a Lacan, el objeto *a* puede ser entendido como el resto de la operación de constitución del sujeto en el campo del Otro del significante (operación en la que el sujeto pasa a existir simbólicamente).

Lo importante de hoy, y lo único sobre lo cual entiendo aportar un aspecto nuevo, es que lo que caracteriza al deseo sádico es el hecho de que en el cumplimiento de su acto, de su rito [...] él no sabe lo que busca, y lo que busca es, hablando con propiedad, realizarse, hacerse aparecer él mismo, y ya que en todo caso esa revelación no podría resultarle sino obtusa, hacerse aparecer como puro objeto, fetiche negro. En esto se resume, en última instancia, la manifestación del deseo sádico, en tanto que su agente se dirige hacia tal realización. (Lacan, 1963:99)

Entonces, el deseo sádico sólo es articulable a partir de la esquizia, la disociación, que apunta a introducir en el sujeto, el otro, imponiéndole hasta cierto límite algo imposible de tolerar. Se trata del límite exacto en que aparece en el sujeto una división, una hiancia, entre su existencia de sujeto y lo que soporta, lo que puede sufrir en su cuerpo. El límite exacto al cual Lacan se refiere apunta a la angustia, no al dolor. En este sentido, lo particular del agente del deseo sádico, bien como la novedad que introduce Lacan, es que éste no sabe qué es lo que busca, por lo cual se presenta como objeto, “fetiche negro” al Otro. Al agente del deseo sádico, en tanto objeto a para el Otro en el fantasma, figura como instrumento del goce en la medida en que hace de la angustia de la víctima una condición exigida, es decir, en términos Kantianos lleva al cumplimiento de la ley moral. Así lo dice Lacan:

Está bien claro que si algo revela la experiencia analítica es que incluso en la perversión, donde el deseo se presentaría en suma como aquello que hace la ley, es decir, como una subversión de la ley, el deseo es de hecho y verdaderamente el soporte de una ley. Si algo sabemos ahora del perverso es que lo que aparece desde afuera como satisfacción sin freno resulta ser defensa, puesta en juego, puesta en ejercicio de una ley en tanto que ella frena, suspende, detiene, precisamente, en el camino del goce. La voluntad de goce en el perverso, como en cualquier otro, es voluntad que fracasa, que encuentra su propio límite, su propio freno, en el ejercicio como tal del

deseo perverso. Para decirlo de una vez [...] el perverso no sabe al servicio de qué goce se ejerce su actividad. No es en todos los casos al servicio del propio. (Lacan, 1963:166)

A respecto de lo planteado, ubicamos que la afirmación de que el perverso es “el instrumento del goce del Otro”, supone una escena en la cual el *partenaire* se encuentre en el lugar de sujeto, no de objeto, pues justamente el sádico juega con el límite ahí inscripto, buscando a la angustia en su *partenaire*. El riesgo constante de advenir objeto, bien como la angustia que de ahí se desprende, atestigua la condición de sujeto del *partenaire*, necesaria al imperativo que se le presenta al perverso, pues éste “no sabe al servicio de qué goce se ejerce su actividad” (Lacan, 1963:166).

Con relación a lo planteado, Karothy (2008) advierte para el riesgo de formular una teoría neurótica de la perversión, al suponer, por ejemplo, que el sádico goza sin límites del neurótico y que, por lo tanto, es poseedor de un supuesto saber sobre el goce. Cuando Lacan afirma que en realidad el perverso es “un instrumento del goce del Otro”, remarca que el sujeto ahí no goza, más bien extrae un goce para el Otro, para justamente hacerlo consistir.

Entonces, de acuerdo a lo planteado, el perverso no solo no goza, como también no está de ninguna manera apartado de la ley, pues como lo dice Lacan: “Si algo sabemos ahora del perverso es que lo que aparece desde afuera (el sueño del neurótico) como satisfacción sin freno resulta ser defensa, puesta en juego, puesta en ejercicio de una ley en tanto que ella frena, suspende, detiene, precisamente, en el camino del goce” (Lacan, 1963:166). Por lo tanto, **la perversión no es una supuesta transgresión a la ley, es, al contrario, una total sumisión a la ley.** Teniendo en cuenta que el neurótico, en su fantasma, necesita creer y, debido a eso, supone que hay un otro que sabe sobre eso que él busca y nunca encuentra, es decir, la satisfacción; su estructura da cabida a lo que Karothy nombra como el “sueño del neurótico”. Es, en este sentido, que el autor plantea que el ideal del neurótico es la perversión, pues ésta ejerce

sobre él, en su fantasma, un poder de extrema fascinación. Advertidos de este punto ciego, podemos ahora dar lugar a lo que Lacan plantea en el texto *Kant con Sade* (1963): a saber, el hecho de que no solo el neurótico está sometido a una ley, el perverso también se encuentra sometido a una ley, pero ésta es particularmente obscena y feroz: se trata de un imperativo superyoico de gozar. Con relación a lo planteado, Karothy ubica que la lectura de Marqués de Sade es extraordinaria en este sentido, siempre y cuando uno considere que el Marqués de Sade no era un perverso.

III. CASO CLÍNICO - ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

G.² es un paciente de aproximadamente 30 años, que cursa la Carrera de Historia y que tiene en el Marqués de Sade su gran inspiración. Su llegada es tumultuada, dice no poder esperar, exige ser atendido de forma inmediata. De entrada se hace visible su sufrimiento. Hay algo insoportable en la mirada, no la puede sostener mientras alguien lo mira. Mirando a la pared, es así que empieza a hablar. Dice no poder esperar, que ya hacen dos días que estuvo errando por la ciudad.

Alojo su pedido y le ofrezco la palabra. G. cuenta que el padre estaba maltratando a la madre y que él quiso defenderla, pero ella le dijo: “no te metas, salí de acá”. Es a partir de estas palabras que G. queda errando por la ciudad durante dos días, hasta caer adelante de la Clínica donde en aquel momento yo atendía.

G. cuenta que el padre le dice que él es un criminal, y que ante a estas palabras duda de sí mismo, es decir, tiene miedo de hacer algo que realmente lo incrimine. Relata que sólo se involucra con mujeres mucho más grandes y que el placer está en imaginar cómo matarlas. Del mismo modo busca sus defectos, por la “vejez”, e imagina como mutilarlas. Aclara que todo esto

² Paciente atendido en la *Clínica de Atendimento Psicológico* del Instituto de Psicologia de la Universidade Federal do Rio Grande do Sul – UFRGS/BRASIL.

está en su cabeza y que teme que le llegue a sus manos. Le remarco la importancia de hablar sobre lo que lo atormenta. G. sigue.

Se refiere a su padre como el peor hombre del mundo, pues tiene a todos vigilados y mantiene a su mamá como una "perra". Después del relato de una serie de maltratos del padre para con la madre, lo peor del papá se desplaza a lo fuerte y cruel que es. Lo débil y sucio de la madre bordea una suerte de innombrable. El horror de vivir atrapado en la constante angustia de la madre y la brutal crueldad del padre lo desdibuja, ya no puede diferenciarse, interroga su sexualidad, se dice esclavo del horror. Lo único que pone freno a su angustia parece ser la literatura del horror, circula entre la lectura de Marqués de Sade y de Augusto dos Anjos (el poeta brasileño del horror), hasta volver a sus escritos. G. retoma sus escritos, poemas sobre el horror, sobre cuerpos podridos, fluidos de la muerte, cuerpos mutilados, del dolor al placer, del defecto al perfecto, de lo malo a lo bello, de lo cruel a lo absoluto, etc. G. dice encontrar en los autores que lee las palabras que no encuentra en su vida diaria con el padre y la madre. Sus escritor **verter(es sus escritos vierten?)** una suerte de vomito de lo que siente que tiene que tragarse a secas.

Las teorías y poemas sobre la crueldad y la miseria humana siguen a lo largo del tratamiento, sosteniendo o intercalando sus investidas en la búsqueda de una respuesta que le devuelva una pregunta que a su vez lo ubique como sujeto. De a pocos la fijeza del relato da lugar a una suerte de deslizamiento. Los defectos físicos de los cuerpos de las mujeres grandes deslizan al propio cuerpo, al hecho de tener defectos, anomalías en su cuerpo. El paciente dice darse cuenta que tales anomalías no existen, que están en su mente. El encuentro con la vejez de las mujeres con las que se relaciona despierta, además de la fantasía de muerte que lo acompaña en el acto, extrema angustia. Pasado el acto sexual con ellas, se siente muy sucio, tiene que lavarse muchas veces las manos, a veces el cuerpo, con alcohol, bien como quemar la ropa con la que estuvo. Dice: "No pueden quedar evidencias". Diversos son los relatos sobre

hechos que comparten la misma lógica. El encuentro con mujeres, hombres, en sus más variadas posibilidades, siempre lo conducen a este pico de angustia. Igualmente sigue, dice no poder parar, lo que hace consistir las palabras del padre cuando dice que él es un degenerado “a punto” de ser un psicópata. Los rituales responden a las palabras del padre, como si hubiera hecho un crimen ,borra toda y cualquier evidencia.

La vejez va tomando consistencia significativa y empieza a deslizar. Asocia la vejez de las mujeres a la imposibilidad del embarazo, hecho éste que le da lugar a un acto fallido. **Al envés (Cuando quiere)** decir “es que *ella* no se queda embarazada”, dice “es que *él* no se queda embarazado”. Al puntuar tal acto fallido, G. retruca diciendo: “la idea de ser papa me da miedo”. Intervengo: ¿De qué papa hablas? Se asombra y me dice pensar ser homosexual. Dice conocer un chico que tiene un papá muy cruel y que con el tiempo se volvió homosexual. Confiesa sentir algo raro con el papá, dice: “es un hombre malo, fuerte, bello, te da ganas de estar a sus pies”. Ser el padre, igual al padre, se sostiene en su fantasía, pero el encuentro tal crudo con la realidad hace vacilar al fantasma.

Con el pasar del tiempo vuelve a acordarse de escenas que, según él, a mucho no lo atormentaban. Cuenta que cuando era niño dormía con los papas y que un día miro a los padres en pleno acto sexual. El papa se dio cuenta en seguida y a los gritos de dijo: “no mires, date vuelta”. Cuenta que se dio vuelta, que se quedo sin mirar, pero **que** seguía escuchando, porque, por más que se tapara a los oídos, el sonido era “penetrante”. Frente al hecho de que el padre no lo haya sacado de la escena, G. lee en el padre alguien que lo quiere, al contrario de la madre que lo echó de la escena, “de la casa”, (“no te metas, salí de acá”). Al mismo tiempo que sostiene al padre, dice temer que él mate a la madre y que debido a eso no puede irse. Atrapado por su síntoma, la culpa, por la idea de abandono, “elige” quedarse.

Ante a una puntual enfermedad del padre, G. experimenta algo que no puede nombrar. Cuenta que cuando vio su papá acostado en la cama, listo para una cirugía, se quedó

enganchado en su mirada, es decir, no podía irse, tuvo que ser removido por los enfermeros. G., cuando habla de eso, llora mucho, dice que no puede vivir sin el padre, que si algo le llega a pasar se muere. Le remarco la muerte en la mirada del padre, el hecho de que él ahí no podía moverse. Una suerte de conflicto entre amar y matar se “desvela”, dando lugar a lo atado que está a la mirada del padre.

Transcurrido cierto tiempo de análisis, G. plantea haber encontrado el modo de sacarse de encima al padre. Cuenta que el padre tiene una biblioteca muy grande, pero que no deja a nadie tocar los libros, mucho menos sacarlos de la casa. Sin embargo, dice darse cuenta que el “viejo” ya no lee los libros, ni siquiera los hojea, apenas controla de afuera, mira si están. Por lo cual, inventó una forma de dejar al padre tranquilo sin dejar de leer estos libros que hace tanto tiempo deseaba. Cuenta que fabricó capas(tapas?) parecidas a de los libros del papá, lo que le permite leerlos tranquilamente y incluso reemplazarlos. Dice que en cierto punto se decepcionó, pues imaginaba que el padre tenía muchos secretos en estos libros, que por eso los vigilaba tanto, y que se encontró con el hecho de que muchos habían quedado en el tiempo, es decir, ya no servían más.

IV. BREVES REFLEXIONES

A partir del material clínico presentado, entendemos que el paciente G. se encuentra atrapado en una escena perversa, sin embargo no se trata ni del perverso, ni del *partenaire*. Fijado en una suerte de testigo o, a lo mejor, discípulo del supuesto saber sobre el goce que el padre ejerce sobre su *partenaire*, la esposa; G. se angustia, pues su fantasma ahí vacila. Ante a la invitación, por parte del padre, de quedarse en la escena del “horror” (“date vuelta, no mires”), G. se encuentra acometido, en términos freudianos, por el conflicto propio de aquél que oscila entre una identificación “al niño castigado o a aquél que lo castiga” (Freud, 1919).

La presencia constante del conflicto, de la fuerte angustia, de la oscilación propia del fantasma neurótico -fantasma que vacila ante a la concreción con que se encuentra-, de la culpa y el sacrificio ritualizado que la neurosis obsesiva brinda a aquél que en ella busca amparo, **en fin**(por lo tanto), el conjunto de todos estos elementos condujo la hipótesis clínica de que el paciente G. respondía a una neurosis obsesiva grave.

A respecto del “supuesto” saber del padre sobre el goce, remarcamos el supuesto porque justamente, según Lacan, no hay saber sobre el goce. Hecho éste que parece haber sido revelado en cierta medida al paciente G. en los libros que aparentemente portaban secretos y que en realidad sostenían apenas una carcasa.

Es con relación a esta idea de carcasa, que se cae en la medida que G. deja caer a la mirada del padre, que ubicamos los límites de la perversión, hecho éste negado en el fantasma neurótico de la perversión, que supone ahí el goce total. A respecto de este punto, es fundamental retomar lo anteriormente desarrollado sobre la perversión, bien como remarcar las diferencias entre lo específico de ésta y lo que compone una suerte de teoría neurótica de la perversión, donde el perverso dispone del poder/saber sobre el goce.

Lacan en el Seminario IX – *La identificación* (1961-62), plantea que:

Sobre el sentido del fantasma propiamente sádico [...] Lo que quiero solamente puntualizar aquí es que lo que se podría denominar la impotencia del fantasma sádico en el neurótico reposa enteramente sobre lo siguiente: es que en efecto hay propósito destructivo en el fantasma del obsesivo, pero este fin destructivo [...] **sierre**(cierre) el sentido no de la destrucción del Otro, objeto del deseo, sino de la destrucción de la imagen del Otro en el sentido en que se las sitúo aquí, a saber que justamente, no es la imagen del otro porque el otro, a, objeto del deseo [...] no tiene imagen especular (Lacan, 1962: 319).

El autor remarca de este modo que por más que el fantasma del neurótico obsesivo sea también destructivo, actúa en el campo del deseo del Otro, es decir, no se equivale al deseo sádico, donde opera el imperativo superyoico de goce, es decir, donde este Otro es feroz y absoluto. Cuando G. describe al padre con relación a la madre, la brutalidad y la sutileza del “maltrato” saltan a los ojos, pues todo se justifica en la búsqueda de una pureza divina, hay que arrodillarse ante a aquél que supuestamente retiene el saber que conduce a la perfección. Tan desperfecto a la vista y, a la vez, tan perfecto y acoplado al fantasma. De ahí la madre no puede irse. G. tampoco parece poder irse. Sin embargo, el “no te metas, salí de acá” de la madre parece abrir una puerta, pero no al estilo de alguien que lo deja salir, más bien alguien que lo echa y que por la “fuerza” del golpe rompe la puerta. Cuando G. se da cuenta, ya está afuera y ahí aparentemente no encuentra donde entrar, queda a la deriva, errante por la ciudad.

Con el inicio del tratamiento G. encuentra la oportunidad de interrogar su entorno, es decir, lo que da por supuesto. La rabia y el encanto por el padre oscilan, G. pasa a reconocer en él también un enfermo, alguien limitado a sus actos perversos. Cuanto más el padre se cae, más consistencia adquiere el gusto de G. por una crueldad **literata**(literaria), volcada en sus lecturas y escritos.

Ante a la escucha del analista, la “vejez” toma consistencia significativa, deslizando por los desfiladeros del inconsciente. De la “vejez” de las mujeres con las cuales salía se extraen los defectos. De estos se evidencia sus defectos, los que habitan su cuerpo, una suerte de anomalías. De la “vejez” también surge la imposibilidad del embarazo, que da lugar al acto fallido: “es que él no se queda embarazado”. Del **remarque de** (marcar a) tal acto fallido, se formula una respuesta: “la idea de ser papá me da miedo”. De la pregunta por cuál padre nombra, sobreviene el asombro y la idea de la homosexualidad. El sujeto ahí aparece, desvelado, tentado a ser este hombre al cual teme, repudia, pero que sin embargo lo fascina. El encuentro con este hombre, su padre, casi sin pantalla, ya lo hace culpable, criminoso,

perverso, “a punto de” ser un psicópata. Los rituales muestran que las evidencias del crimen existen antes mismo del crimen.

De a pocos la mirada del padre se cae y G. la sufre a cada caída, pues en ella se encuentra de cierto modo sostenido. Desprenderse de este padre, dejarlo caer, es en cierto punto aceptar caerse. Lo insostenible del proceso encuentra en su producción literata(literaria) un importante elemento. Cuanto más se despegaba de la imagen del padre, más puede decir sobre la perversión, más puede escribir sobre la condición miserable del ser humano, más encuentra en Marqués de Sade y Augusto dos Anjos las palabras que le faltan. Despegarse del padre supone intuir que algo ahí falla, que el padre no es sin la madre, que al final villano y víctima se abrazan. Enmarcar la escena le permite leerla de otro modo. Le permite incluso encontrar la forma de sacarse un poco de encima el padre, pues se da cuenta que el “viejo” ya no vigila como antes. La invención de un artificio (hacer las copias de las capas (tapas) de los libros) le permite esquivar la mirada del padre, desvelando así su inconsistencia. Hay algo de la escena perversa del padre para con la madre que no le pertenece, que se cae. Sin embargo, hay algo que sí le dice respecto, que se refiere al encanto por el horror(¿) Hay algo que dice que es su encanto por el horror?. Dice necesitar experimentar sus límites. En esta dirección sigue su análisis.

Pero, ¿qué significa intuir que algo en la escena perversa es fallido, que villano y víctima al final se abrazan? Conjeturamos que G. le da lugar, hasta cierto punto, al hecho de que el perverso sostiene un supuesto saber sobre el goce. Como lo remarcamos anteriormente, para el perverso el único goce que hay es el fálico, pues sobre éste hay como saber, hay una identidad, hay un control: dominio que se da por la medida, el cálculo, la exhibición, etc. Según Karoathy (2008), el perverso rechaza absolutamente el goce femenino, pues no hay saber posible sobre él. El autor plantea que si hay un mecanismo propio de la perversión es la desmentida del goce femenino. Por lo tanto, los matices de la posición perversa son el supuesto saber sobre el goce y la desmentida del goce femenino. Es por eso que solo en la posición masculina, fálica, la

perversión es posible. La posición femenina no da entrada a la perversión porque implica un goce que excede al saber y, por lo tanto, al dominio.

A lo anterior se suma el hecho de que, según Karoathy (2008), el perverso supone el montaje de la escena perversa o, mejor dicho, la búsqueda del *partenaire*. En este sentido, como ya lo planteamos, el neurótico es el *partenaire* ideal del perverso porque sueña con la perversión, es decir, la estructura fantasmática del neurótico da entrada a la creencia de que el perverso goza y tiene un saber sobre el goce. En este sentido, el *partenaire* de un perverso nunca sería otro perverso, pues lo que necesita es a alguien que se encuentre en la posición de sujeto, pues sólo así se angustiará ante la amenaza de transformarse en objeto. En el caso de G., el *partenaire* es la madre, por lo cual a él le queda el lugar de una suerte de aprendiz. Lacan, en el Seminario 12 – *Problemas cruciales para el psicoanálisis (1964-65)*³, al ubicar la neurosis, la psicosis y la perversión en relación al saber, plantea que en el caso del perverso hay saber, pero mientras no se puede hacer saber, por lo cual es fallido en su estructura y no le da lugar al aprendiz. Entonces, a respecto de la escena perversa, Lacan dirá:

“Sin embargo, llegó el momento en que se vio que las perversiones, tal como se cree poder detectarlas en la neurosis, de ningún modo eran eso, perversiones. La neurosis es el sueño antes que la perversión. Los neuróticos no tienen ninguno de los caracteres del perverso. Simplemente sueñan con eso, cosa muy natural, pues ¿cómo, si no, alcanzar a su pareja?” (Lacan, 1972-1973: 105).

Lo que aclara el autor es que el perverso no goza, es más bien un “instrumento del goce del Otro”, por lo cual la escena perversa sería la puesta en escena del intento de hacer consistir el Goce del Otro. Acordemos de lo que plantea Lacan:

³ “el perverso para quien el deseo se sitúa él mismo, hablando propiamente, en la dimensión de un secreto poseído. Vivido como tal y que como tal, desarrolla la dimensión de su goce, pero que es a decir aún de ese saber, que en primer lugar, se inscribe en esta subjetividad del “Yo no sabía” (Lacan, 1965:111).

“No abordaremos aquí la perversión en la medida en que apenas acentúa la función del deseo en el hombre, en cuanto que instituye la dominancia, en el sitio privilegiado del goce, del objeto a del fantasma que sustituye al A. La perversión añade una recuperación de la que apenas parecería original si no interesase al Otro como tal de manera muy particular. Solo nuestra fórmula de la fantasía permite hacer aparecer que *el sujeto aquí se hace instrumento del goce del Otro*” (Lacan, 1960: 803).

Entonces, antes afirmábamos que G. parece intuir esto que teóricamente formalizamos con respecto a la perversión, es decir, lo supuesto del saber en juego en la escena perversa, que por ser supuesto es necesariamente fallido. También construimos la hipótesis de que en la escena perversa no hay lugar para un aprendiz, lo que le devuelve a G. un constante “sin lugar”. Teniendo en cuenta tal recorrido, qué decir sobre su encanto por el horror, la necesidad de **habitar** (encontrar?) el límite. ¿Tendría algo que ver con la búsqueda del goce femenino, esto que el padre por estructura deniega? ¿Es el camino: que del padre, pero también de la perversión (en tanto creencia perversa en el fantasma) se pueda” prescindir pero a condición de servirse de él”? ¿ La literatura del horror es para él sólo un límite o un invento que evita dar ser al padre?

BIBLIOGRAFÍA

- FREUD, S. (1919). Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. *Obras Completas*. V. XVII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2003.

⁴ El subrayado es de la presente autora.

- KAROTHY, R. (2008). *Clínica de la Perversión*. Conferencia dictada en la Clínica de Atención Psicológica de la *Universidade Federal do Rio Grande do Sul* – UFRGS. Comunicación Oral. Porto Alegre: 2008.
- KAROTHY, R. & MOSCA, J. C. (2009). *La clínica de las neurosis y perversiones*. Curdo de Doctorado. Comunicación Oral. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires – UBA. Buenos Aires: 2009.
- LACAN, J. (1960). *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo*. Escritos II. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores, 2005.
- LACAN, J (1957-58). *Las formaciones del inconciente*. Editorial Paidos. *Seminario V*. Buenos Aires. 2007
- LACAN, J. (1961-1962). *La identificación*. Seminario N ° 09. Buenos Aires: Edición Escuela de Freudiana de Buenos Aires.
- LACAN, J. (1963). "Kant con Sade". En *Escritos 2*. Siglo veintiuno editores. México. 2003
- LACAN, J. (1962-1963). "La angustia". *Seminario N ° 10*. Buenos Aires: Editora Paidós, 2006.
- LACAN, J. (1968-1969). "De Un Otro al otro"- *Seminario N ° 16*. Buenos Aires: Edición Escuela de Freudiana de Buenos Aires.
- LACAN, J. (1969-1970) "El Reverso del psicoanálisis" - *Seminario N ° 17*. Buenos Aires: Editora Paidós, 1994.
- LACAN, J. (1972-1973). "Aun" – *Seminario N ° 20*. Buenos Aires: Editora Paidós, 2006.